

DEMOCRACIA ECOLÓGICA

Formas y experiencias de participación en la crisis ambiental

Democracias participativas 3

Edita: Universidad Libre para la Construcción Colectiva (UNILCO). Palomares del Río (Sevilla)
Tel.: 955 76 47 14 • e-mail: unilco@palomaresdelrio.es • www.palomaresdelrio.es/unilco

Coordinadores: Javier Encina e Iñaki Barcena.

Dep. Legal: SE-2004-06

Imprime: Gráficas Santa María, S.C.A. - Tel. 954 77 10 91

Coeditan:



Excmo. Ayuntamiento de Palomares del Río

atrapasueños

Atrapasueños Editorial, C/. Aniceto Sáenz, local 1, Sevilla.
www.atrapasuenos.org / e-mail: atrapadas@terra.es
Tfno. 670 89 89 36

casa
de las américas

BETIKO
BETIKO FUNDazioa
(Ibarra - Oriol)

parte
hartuz

- M. MARTÍNEZ y J. ENCINA, (1998) *De los avatares de la iap acontecidos en un volcán colombiano. Cuchará' y paso atrás' N° 3*. Sevilla.
- MANUEL MONTAÑÉS (1993) *Aportaciones básicas de la Investigación, Acción Participada (IAP) en su relación con los movimientos sociales*, en Documentación Social. n°. 9, julio-septiembre 1993, págs 154-155.
- (1996) *La investigación praxeológica: dos pasos adelante y uno atrás*, Cuchará' y paso atrás' N° 0. Sevilla.
- (1999) *De la dimensión tecnológica y metodológica a la dimensión epistemológica de la realidad social*. Cuchará' y paso atrás' n° 7. Sevilla.
- MANFRED A. MAX-NEEF (1994) *Desarrollo a escala humana*. Ed. Icaria. Barcelona.
- VICENTE ROMANO (1998) *El tiempo y el espacio en la comunicación*. Ed Hiru. Hondarribia.
- ESTEBAN RUIZ BALLESTEROS (1998) *Minería y poder. Antropología política en Riotinto*. Diputación de Huelva.
- Mª TERESA SIRVENT (1999) *Cultura popular y participación social*. Miño y Dávila Editores. Buenos Aires/ Madrid.
- CHARLES TAYLOR (1993) *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento"*. FCE. México.
- T.M. THOMAS ISAAC y R. W. FRANKE (2004) *Democracia local y desarrollo*. Ed. Diálogos. Xátiva.
- T. R. VILLASANTE (1995) *El habitar (ciudadano) frente al hábitat (segregado)*, en Cuadernos del CAUM, Talleres sobre el Hábitat, [s/n], pp. 1-16.

MAS ALLÁ DEL PODER

Anna Bosch Pareras
(aboschpa@pangea.org)¹

La dimensión de la crisis ecológica alcanza tamañas proporciones que supone un peligro real y concreto para la especie humana y las demás especies vivas del planeta Tierra. En la Cumbre Río + 10, se pudo constatar como la situación general ha empeorado desde que en 1992 se reunieron los gobiernos del mundo para abordar la crisis ecológica. La incapacidad de los gobiernos y de los organismos internacionales para controlar la crisis, evidencia que estamos ante una situación de emergencia que se nos está escapando de las manos. La magnitud del problema y la impotencia de las instituciones para abordarlo exige repensar las características y límites de tales instituciones, y exige también que todas y todos los seres humanos asumamos nuestra responsabilidad en la búsqueda de soluciones antes de que sea demasiado tarde.

A esta necesaria reflexión puede contribuir también la experiencia de las mujeres en nuestro camino hacia la libertad. Porqué tal experiencia, como experiencia humana que es, contiene elementos que desde su especificidad son universales. Considerar el proceso del movimiento de mujeres como algo sectorial que no atañe al conjunto de la sociedad es un grave error que deja fuera del mundo común una gran capacidad transformadora. Precisamente se trata de universalizar los elementos nuevos que han aparecido en la lucha de las mujeres para contribuir a la construcción de ese otro mundo posible. La aportación del feminismo no consiste en un conjunto de ideas que deban añadirse a las ya existentes, sino en el establecimiento de una nueva dialéctica capaz de modificar lo establecido.



LA REVOLUCIÓN DE LAS MUJERES

En el transcurso del siglo XX, en Occidente², la única revolución que ha conseguido grandes cambios en las relaciones sociales ha sido la revolución de las mujeres. Nos referimos a los cambios habidos en todos los ámbitos de la sociedad; en el político, las mujeres hemos obtenido los mismos derechos que los hombres; en el social hemos conquistado la libertad de elegir sobre todos los ámbitos de nuestra vida; en el ideológico hemos conseguido deslegitimar la existencia del patriarcado; pero lo más importante ha acaecido en el ámbito simbólico, donde se transmiten las percepciones y los valores profundos que estructuran al ser humano, en ese lugar es donde las mujeres hemos recuperado la existencia y la palabra propia y nos hemos dado autoridad para redefinir el ser mujer, desde nuestra propia experiencia. Ciertamente, tales transformaciones no han conseguido aún acabar con todas las causas que nos sitúan en lugar subalterno. Sólo hay que recordar que las mujeres cobramos un 30% menos que los hombres por el mismo trabajo; que las tareas domésticas y de cuidados continúan siendo responsabilidad femenina pese a su masiva incorporación al mundo laboral; que la imagen de las mujeres en los medios de comunicación sigue reflejando la mirada masculina, que el poder de decisión política, económica, religiosa, científica..., continua en manos de los hombres. Sea como sea, es indiscutible que las mujeres hemos cambiado, le exigimos mucho más a la vida y establecemos otro tipo de relaciones con los hombres y con la sociedad en general. Ante el reto planteado por la revolución femenina, muchos hombres están desconcertados y algunos reaccionan con violencia para atajar la "rebelión de sus mujeres". Tal como dicen las Mujeres de la Librería de Milan³ el patriarcado ha llegado a su fin porque ha perdido su capacidad de controlar las mentes de las mujeres. En principio fueron unas pocas quienes dejaron de creer en su inferioridad, pero tal hecho se propagó a la velocidad del fuego, hasta convertirse en un fenómeno social sin precedentes. Aunque con ello no podemos cantar victoria; como dicen también las milanesas, cuando una estructura tan poderosa como ésta se desquebraja nos puede caer encima.

Quisiera destacar que se trata de una revolución que ha tenido lugar sin necesidad de conquistar el poder. El poder no ha cambiado de manos: todos los organismos nacionales y mundiales que lo detentan continúan mayoritariamente en manos de los hombres. Pero tales poderes han perdido autoridad sobre las mujeres; se han convertido para nosotras en poderes faltos de capacidad de convencer. Se ha dado un proceso de deslegitimación que pone en cuestión el poder, aunque, de momento no podemos prever cuáles serán las consecuencias de ello, ni tampoco sabemos hasta qué punto podrá mantenerse un poder que ha perdido una parte de su legitimidad.

La revolución de las mujeres ha ocurrido en un espacio que ha conseguido romper la dicotomía público/privado, donde la relación entre la individualidad y la comunidad no ha pasado por el poder sino por la comunicación, por el trasvase de

ideas, por el compartir experiencias, por la circulación de apoyos y de información, por un intercambio de autoridad entre diferentes que no desiguales. En algunas ocasiones el movimiento de las mujeres se ha posicionado en relación al poder, exigiendo la adecuación legislativa a las nuevas relaciones entre hombres y mujeres, o acciones de gobierno más favorables a sus intereses. Y en este nivel de actuación las formas utilizadas (manifiestos, declaraciones, manifestaciones, huelgas...) han sido comunes a otros movimientos sociales. Pero la lucha de las mujeres no se ha limitado a reivindicar derechos y actuaciones al Estado, ha ido mucho más allá en complejidad y profundidad, aunque el alcance de estos cambios resulta difícil de percibir y aún más de nombrar.

NUEVOS INSTRUMENTOS DE ANÁLISIS

Porqué para rastrear el recorrido de la lucha femenina en estos otros ámbitos no nos sirven los esquemas de análisis actuales que se basan en la trayectoria de los movimientos sociales configurados a partir de la experiencia masculina. Es decir, tanto el más tradicional de ellos que es el movimiento obrero, como los llamados nuevos movimientos sociales (ecologismo, pacifismo, antimilitarismo, alterglobalización, solidaridad Norte-Sur), han sido pensados, organizados y liderados por hombres, tanto cualitativa como cuantitativamente. En las estructuras organizadas la presencia de mujeres es importante numéricamente, pero es minoritaria en los órganos de dirección y representación. Asimismo, aquéllas que participan en tales órganos por lo general deben adaptarse a unas formas y métodos de actuación en los que no se sienten cómodas. Es a ello que me refiero cuando digo que estos movimientos son cualitativamente masculinos. Toda esta experiencia acumulada ha configurado un modelo genérico de movimiento social, es decir, ha determinado el propio significado del concepto movimiento social, y cuando observamos y analizamos cualquier movimiento, lo hacemos a partir de este esquema aceptado como universal en el sentido que no hay otro posible.

Pero, si aplicamos tal esquema al análisis del movimiento de mujeres, todo lo nuevo y específico que ha aportado el feminismo queda fuera de nuestro campo de visión. Si queremos ver más allá, hay que comenzar cuestionando la universalidad del modelo establecido y, por tanto, aceptar que la realidad cambiante nos obliga también a construir nuevos modelos que nos permitan aprehender lo nuevo y diferente.

Los análisis del movimiento feminista (realizados indistintamente por hombres y mujeres) aplicando los esquemas establecidos son limitados, siempre se nos quedan pobres, porque solo perciben una pequeña parte de la realidad y porque son incapaces de ver lo demás que hay en esta experiencia vivida por la mitad de la humanidad y que está cambiando el mundo. Hemos podido darnos cuenta de la minimización y simplificación que sufría el movimiento de mujeres cuando era dicho

en palabras, porque en estas palabras muchas mujeres no reconocemos la mayor parte de la experiencia vivida. De manera que hemos detectado la incapacidad del modelo establecido para captar todo lo nuevo que las mujeres hemos puesto en el mundo común. Y ello nos lleva a afirmar la necesidad de nuevos modelos, y a trabajar para construirlos.

LA INDIVIDUALIDAD COMO SUJETO TRANSFORMADOR

Volviendo a la revolución de las mujeres, no ha habido grandes organizaciones institucionalizadas que dirigieran el proceso, si acaso pequeños núcleos combativos que puntualmente han asumido objetivos concretos, coordinado campañas, pero no han pretendido representar a las mujeres. Entre otros motivos porque los intentos realizados en esta dirección fracasaron. La realidad demostró que los esquemas organizativos tradicionales de los movimientos sociales no eran aplicables en la lucha de las mujeres por su libertad. No ha habido líderes que dirigieran el movimiento, sino mujeres que con su propia manera de vivir la vida han servido de referencia y han abierto camino a otras. La organización no ha sido necesaria porque las transformaciones no se ha planteado en términos de poder. El objetivo no era alcanzar el poder para introducir cambios en las relaciones sociales, sino introducir cambios en las relaciones sociales. Cuando se lucha por el poder hay que armarse de instrumentos adecuados para ello, entre los cuáles la organización, la representación, la elaboración de estrategias comunes, el liderazgo... Pero si de lo que se trata es de cambiar las relaciones entre personas, solo se precisa que las personas, en este caso las mujeres, cambien su forma de relacionarse con las otras, con los otros, con la sociedad en general. Y esto es algo que hay que hacer de una en una, partiendo de sí misma, rompiendo los límites establecidos, modificando todo lo necesario para poder realizar los propios deseos. Una partida que se ha jugado y se juega en todos los ámbitos de la sociedad, allí donde hay una mujer que ha decidido pensar por su cuenta. Aquí la individualidad es fundamental, porque es cada mujer en concreto quien decide cómo quiere vivir su vida, y es a partir de esta decisión que se compromete profundamente consigo misma y sale a contratar con las otras mujeres y con el mundo para ser quien es.

Estamos hablando de una individualidad muy alejada del individualismo autista que propugna el neoliberalismo. Se trata de individualidad relacional, que se afirma a sí misma para poderse desplegar hacía fuera y construir mundo, construir colectividad. Una colectividad que no exige la despersonalización de quienes la constituyen, sino que se basa en el valor diferencial que aporta cada cuál, de manera que individuo y colectivo, pese a los conflictos que puedan suscitarse, se refuerzan recíprocamente. También es una idea de colectividad muy distinta de la propugnada por los movimientos sociales revolucionarios de los últimos dos siglos, donde las masas despersonaliza-

das eran concebidas como sujetos del cambio social, y tal despersonalización llegaba hasta el punto que las personas concretas debían renunciar a sus intereses y deseos concretos en función del grupo, entonces llamado clase social. En el camino recorrido por las mujeres hacia su libertad, la capacidad de transformación radica precisamente en el interés y el deseo de cada una. De manera que el bien general deja de ser una abstracción para materializarse como el conjunto de intereses y deseos comunes a las personas que forman la comunidad. En este proceso, el bien común no sólo supera la abstracción y se concreta en lo material, sino que ya no necesita quien lo defina, y por tanto tampoco debe plantearse a quien corresponde el poder de definirlo. Al convertir el bien común en algo material y concreto, basado en los deseos concretos de personas concretas, el poder, una vez más, pierde su razón de ser.

REPENSAR LA POLÍTICA: LAS CAMPESINAS DEL MST

En el marco de este complejo proceso, el pensamiento feminista⁴ ha pasado del análisis y denuncia del patriarcado, haciendo posible la rebelión femenina, a desarrollar un nuevo paradigma de conocimiento que permita a las mujeres repensar el mundo y proyectar hacia el mundo su pensamiento. Hasta que las mujeres han recuperado públicamente la palabra, el mundo ha sido dicho y escrito en masculino, a partir de la experiencia masculina y desde la perspectiva de tal experiencia. La ciencia, el estado, la economía, la religión son construcciones masculinas en cuyo proceso las mujeres se han hallado ausentes. También los sectores críticos de la sociedad, incluidos los movimientos sociales alternativos responden a una visión y experiencia masculina del mundo, que es una visión parcial e incompleta. Hoy la tarea fundamental del pensamiento feminista consiste en aportar a la sociedad la otra mitad de la visión que le falta para aprehender el todo, en una operación que va más allá del resultado aritmético. Cuando la mitad de la sociedad irrumpe con capacidad de generar pensamiento propio sobre sí misma y el mundo que la rodea, las construcciones sociales, todas ellas sin exclusión, deben ser repensadas y, en consecuencia, modificadas: la ciencia, el estado, la economía, la religión... y la política: la política entendida como arte de las relaciones sociales.

El ejercicio de repensar la política nos permite ver la otra cara de la moneda y percibir aquello que se hallaba oculto. He aquí un ejemplo concreto. En un debate en el que participaban diversos movimientos sociales del Norte y del Sur, una joven representante del Movimiento de los Sin Tierra del Brasil se quejaba de la falta de participación de las mujeres en la organización del movimiento. Nos explicó que ellas jugaban un papel decisivo por su arrojo y valentía cuando se trataba de ocupar las fincas, pero una vez conseguido tal objetivo se dedicaban a trabajar el campo y cuidar de sus familias, dejando a los hombres las tareas de gestión, administración y dirección de la finca ocupada y de la comunidad que en ella se había instalado. La

representante del MST achacaba la actitud de estas mujeres a una falta de conciencia social como resultado de la alienación sufrida debido al rol que se les había adjudicado en la sociedad patriarcal. Y nos explicó que el MST dedicaba esfuerzos a concienciarlas y estimularlas para que participaran igual que los hombres en las tareas de organización de la propia comunidad y del conjunto del Movimiento.

El comportamiento de las campesinas brasileñas puede entenderse, tal como nos dijo la representante del MST, como falto de voluntad participativa, pero tal juicio no es el único posible y los criterios utilizados para llegar a tal conclusión, además de ser discutibles, no son los únicos que podemos aplicar para tal análisis. Comenzaremos viendo cuáles son los criterios utilizados para valorar el comportamiento de las campesinas.

El MST es una organización que encuadra la rebelión del campesinado pobre para obtener el acceso a las tierras y poder vivir de ellas. Las ocupaciones de tierras inicialmente se realizaban de forma aislada, respondiendo más a la desesperación de quienes no tenían otra opción para vivir, que a una estrategia planificada que incluyera su consolidación. La unión y coordinación de las ocupaciones dio lugar a la creación del MST, y con ello los y las sin tierra ganaron fuerza, eficacia y perspectivas de futuro. Las ocupaciones de tierras han permitido mejorar las condiciones de vida de miles y miles de familias. Paralelamente, la influencia del MST en la sociedad brasileña llegó a ser tan grande que tuvo un papel decisivo en el proceso que condujo a Lula Da Silva a la presidencia del gobierno. Parece pues lógico y sensato conceder gran importancia a las tareas de organización de las comunidades y del propio movimiento que incluyen la asistencia a reuniones y asambleas, y el asumir responsabilidades organizativas a todos los niveles. La organización, pues, aparece como la única alternativa al individualismo y a la atomización que debilita al campesinado pobre. Criterio coincidente en todo el pensamiento político revolucionario de los siglos XIX y XX (comunismo, socialismo, anarquismo...). Hasta ahora ninguna teoría política con voluntad transformadora ha cuestionado la importancia de la organización para quienes se oponen al poder establecido.

En el contexto señalado, la no participación de las mujeres campesinas en las tareas organizativas de sus comunidades y del MST solo puede considerarse un demérito achacable a su posición subordinada. Con ello se evidenciaría, una vez más, el rol secundario que les ha sido impuesto históricamente, y a la vez quedaría demostrada su incapacidad de superarlo. Veamos ahora como hemos llegado a tales conclusiones que parecen indiscutibles. El hecho es que hemos analizado el comportamiento de las mujeres campesinas aplicando un modelo de estrategia para el cambio social basado en la experiencia histórica de los movimientos sociales que, pese a ser masculina se considera universal.

Podríamos dejar aquí la reflexión con la certeza de haber llegado hasta el final, si no fuera que estas mismas mujeres tan poco interesadas en la organización de la comunidad y del movimiento sean, en cambio, tan activas y combativas cuando se trata de ocupar las fincas. Si su pasividad organizativa la achacamos a la alienación que sufren en el ámbito público, ¿cómo explicamos que esta alienación desaparezca en el momento de la lucha más dura, cuándo se juegan la seguridad física e incluso la vida para conseguir una tierra donde vivir? Estas mujeres luchan en primera línea y lo hacen convencidas de que vale la pena hacerlo, y para ello no escatiman esfuerzos ni sacrificios. Cuándo ellas creen necesario salir a la calle a luchar, lo hacen, pasando por encima de la tradición que las recluye en el hogar. En este momento, las mujeres no actúan de forma alienada sino que rompen todos los esquemas y asumen protagonismo más allá del ámbito doméstico y familiar. Una vez concluida la ocupación de la tierra se desentienden de las tareas organizativas y se retiran al hogar. Alguien que abandona el lugar donde está y regresa a él cuando quiere, ¿puede considerarse prisionero? Parece evidente que no.

Entonces, si no existe alienación que explique su comportamiento, debemos preguntarnos de nuevo, ¿por qué estas mujeres combativas y valientes no participan en las tareas organizativas? Si ya les hemos concedido la capacidad de actuar con libre albedrío, la única respuesta posible es que así lo han decidido porque les parece lo más sensato. De acuerdo con los esquemas establecidos parece una elección equivocada y en cualquier caso sorprendente, pero si ya no las podemos considerar personas disminuidas, una vez encajada la sorpresa, debemos deducir que tienen una forma propia de entender la organización social, diferente de la que damos por buena.

Se da por sentado que las mujeres queremos estar en todos los sitios donde están los hombres, o lo que es lo mismo, que todos los lugares donde están los hombres son deseables para las mujeres. Pero ello está por demostrar ya que las mujeres a veces queremos y a veces no queremos estar en los lugares de los hombres. Porque estar en un lugar exige aceptar las condiciones establecidas para su acceso. Y estas condiciones, a veces, no son aceptables porque son contrarias a los deseos de las mujeres.

En la escala de valores de las campesinas del MST lo más importante es el cuidado de sus familias en el espacio propio que incluye la vivienda y el campo. Y por encima de ello sólo priorizan coyunturalmente el conseguir una tierra donde vivir y trabajar. Claro que para ellas, familia y tierra donde asentarse están intrínsecamente relacionadas. En cambio, dejan en último lugar las tareas organizativas comunitarias. En su visión de la sociedad, lo concreto, lo material, es para ellas la realidad importante, y por eso son buenas luchadoras cuando se trata de conseguir tierras. En estas situaciones, se crecen, sin desatender del todo a quienes de ellas dependen, sacan tiempo y energías para ocupar tierras. La excepcionalidad y el carácter coyun-

tural de estas situaciones hace posible que ellas fueren al máximo su capacidad de actuar. En cambio la organización que es un elemento inmaterial no las mueve a descuidar sus tareas domésticas, ni a exigirse más esfuerzos de los que comporta la cotidianidad. Damos por sabido que los tiempos de trabajo y de cuidados que realizan las mujeres en estas comunidades son tan exigentes y agotadores que no se pueden compatibilizar con las tareas de organización y representación, si no es a costa de un esfuerzo sobrehumano, imposible de mantener permanentemente. Están obligadas a escoger entre una tarea y otra, y, en la disyuntiva, no dudan en priorizar la atención a las necesidades materiales perentorias de las personas a su cargo. Salvando las distancias culturales y socioeconómicas, el problema que se les plantea a estas mujeres no difiere mucho del llamado "hambre de tiempo" que padecemos las occidentales debido a las dificultades existentes para conciliar el mundo laboral con las tareas domésticas y de cuidados.

Si en las comunidades del MST se crearan las condiciones para que las mujeres dispusieran de más tiempo libre (es decir, que los hombres asumieran la mitad de las tareas que ellas realizan) entonces podríamos saber si les interesan las tareas organizativas, tal como están concebidas. Mientras tanto, de su actitud sólo cabe deducir que, en las actuales condiciones, no las consideran prioritarias frente a la tarea de satisfacer las necesidades vitales propias y de sus familias. Ellas apuestan por lo fundamental: dar la vida y cuidarla, ya que sin ello no existiría sociedad humana, y dejan a los hombres lo que consideran secundario: las estructuras organizativas -más allá de las relaciones personales-, y su máxima expresión que es la cuestión del poder. Obviamente, tal escala de valores choca frontalmente con el modelo establecido, aunque tal oposición permanece invisible porque desde la mirada dominante ha sido desvalorizada, hasta el punto de considerarse una manifestación más de la alienación femenina.

LA POLÍTICA PRIMERA

Lejos de tal alienación, las campesinas del MST tienen una concepción propia de lo qué es la cosa pública, es decir, de la política. Ellas han experimentado que lo que construye sociedad humana no son las estructuras sociales sino la relación entre las personas, intercambiando cuidados, trabajo, afectos, conocimientos. Esta realidad material, asentada en la materialidad de la tierra es lo real, lo que tiene sentido por sí mismo. Todo lo demás, son elementos secundarios, aunque sean importantes y resulten convenientes. Dicho en otras palabras, las sociedades humanas no son algo abstracto, sino concreto y material, formadas por personas concretas y reales, encarnadas en un cuerpo vivo y pensante. Las relaciones entre estas personas forman una red viva que construye sociedad. Las estructuras organizativas, en cambio, no son más que elementos secundarios contruidos sobre la sociedad real; aunque

sean instrumentos útiles, no son la sociedad. Y ésta es una diferencia de concepción que tiene grandes consecuencias en la forma de entender la política.

El pensamiento dominante no sólo ha tomado como realidad primaria las estructuras organizativas de la sociedad, sino que ha invisibilizado la sociedad real confinándola al mundo privado y despojándola de existencia. Para tal fin ha creado la dicotomía público/privado, donde, como en cualquier dicotomía, el primero -lo público- es el elemento principal que da significado al conjunto, de manera que lo privado equivale a la negación de lo público, y por tanto está falto de valor. Las dicotomías establecen barreras y oposición entre elementos diferentes, que no necesariamente son opuestos ni están aislados el uno del otro. En cambio, si fuéramos capaces de superar la dicotomía, podríamos imaginar lo público y lo privado como un *continuum* por donde circula la actividad y la vida humanas, sin jerarquías ni barreras. El pensamiento dicotómico da cobertura teórica a la operación de sustituir la sociedad real por una abstracción susceptible de ser cuarteada, desmembrada, y modificable el valor de sus elementos. Mantener tal substitución de forma permanente, ante una realidad que se empeña en ser reconocida como tal, exige del uso de la fuerza, de la fuerza del poder, aunque éste sea ejercido de forma democrática. Ésta es la cuestión de fondo que subyace en la crisis de la política tal como la conocemos. Si no somos capaces de abordar este hecho fundamental, con todas sus consecuencias, no conseguiremos encontrar salida a la crisis ecológica y de civilización que estamos viviendo.

Las pensadoras italianas de la diferencia⁵ le han puesto nombre a esta nueva manera de entender la política. Llamam política primera a la red de relaciones personales que forman la sociedad, y política segunda a todo el conjunto de estructuras que organizan la sociedad. Para ellas, la política de la representación sólo es una pequeña parte de la política, no el todo. Entienden que en el proceso de representación el valor de lo político desaparece y lo único que resta es un armazón vacío con nula capacidad para dar solución a las necesidades humanas y hacer frente a los problemas económicos, sociales y ecológicos del presente y del futuro. La representación y las técnicas de gobernabilidad se consideran una forma política secundaria porque deja fuera lo esencial de la humanidad que son las subjetividades de la política: hombres y mujeres. La representación es demasiado estrecha y limitada para abarcar todo el potencial creativo que habita en las personas y que se expresa de múltiples formas.

Este potencial de transformación latente en nuestra sociedad permanece invisible porque la política entendida en clave de poder no puede siquiera detectarlo. Aquello que no es traducible en términos de poder se menosprecia ubicándolo en el espacio de lo privado. Pero la realidad es que las transformaciones sociales generadas por las mujeres han surgido de este espacio con una fuerza tan grande que han podido obviar la cuestión del poder. Desde este espacio, la voluntad transformadora

ha puesto en circulación una política verdaderamente material, vinculada a la materialidad de la experiencia humana (cuerpo, deseo, sexualidad, fantasías, miedos, procesos inconscientes...) que se halla reprimida por el vínculo social. Las mujeres, con nuestra práctica, hemos descubierto que existe una fuerza más poderosa que todas las conocidas, la fuerza del orden simbólico que se halla más allá del poder político y más cerca de cada persona; dentro de sí misma. Desde cada persona que aporta su propia subjetividad, al entrar en relación con cada una y cada uno de los otros se teje orden simbólico y se construye sociedad. Aquí el poder no tiene sentido alguno. No hace falta enfrentarse con él ni derrocarlo, porque se ha convertido en algo ajeno. Ésta es la opción que las mujeres hemos hecho para transformar la sociedad: hemos preferido la relación al poder.

LA PRÁCTICA DE LA RELACIÓN EN EL ECOLOGISMO

Si los esquemas establecidos se ven incapaces de aprehender toda la realidad del movimiento de mujeres, bien pudiera ser que dejaran también fuera del campo de visión, muchos elementos que están apareciendo en los demás movimientos sociales. Y esto no nos lo podemos permitir ya que la crisis ecológica y de civilización exige que seamos capaces de entender la realidad cambiante de nuestra sociedad y capaces de reconocer la potencialidad de cambio allí donde se encuentre. La experiencia del movimiento de mujeres y los múltiples caminos que ha abierto, especialmente su capacidad para detectar aquello que no es evidente, debiera servirnos a quienes optamos por construir otro mundo posible. En cualquier caso, vale la pena experimentar qué ocurre cuando aplicamos a otros movimientos sociales los nuevos paradigmas aportados por la teoría feminista.

El movimiento ecologista se debate entre la necesidad de contaminar con alternativas concretas las acciones de gobierno y la necesidad de construir un nuevo paradigma que replantee las relaciones humanas con la naturaleza. En su práctica incorpora también la responsabilidad individual y la necesidad de actuar coherentemente en todos los ámbitos de la vida; es decir, se llega a tener que plantear -aunque no tenga conciencia de ello- el romper la barrera entre lo público y lo privado. La diversidad en el movimiento va desde quienes consideran necesario construir una fuerza política verde para conseguir el poder de gobernar, hasta quienes rechazan entrar en el juego del poder y centran los esfuerzos en construir y hacer realidad nuevos modelos de vida.

Pero si, una vez esto constatado, vamos más a fondo en nuestro análisis nos encontramos con una sorpresa: entre las diversas prácticas del movimiento ecologista, la práctica de la relación también existe aunque no tenga visibilidad. Más aún, tal práctica tiene una gran importancia que aumenta ante los nuevos retos. Veamos de qué estamos hablando; existen grandes organizaciones ecologistas, estructuradas y

organizadas de forma más o menos piramidal, y otras más democráticas que tienen carácter de federación, pero también hay infinidad de grupos pequeños que se forman por afinidad personal o que responden a situaciones coyunturales que afectan a un grupo humano. Obviamente, son los grandes grupos quienes tienen existencia mediática porque encajan bien con el modelo de la política establecida, aunque presenten un discurso crítico y aún subversivo⁶. Precisamente por ser mediáticos tales grupos reciben el apoyo cuantitativo de quienes deciden asociarse como forma de participación. Pero los pequeños grupos, con su modesto trabajo, su gran capacidad de respuesta, su profundo conocimiento del ámbito donde actúan, su habilidad para relacionar lo local con lo global, forman una red activa cuyo alcance y capacidad de incidencia social no es menos importante. En estos grupos, así como ocurre en el movimiento de mujeres, las relaciones personales son el eje fundamental; su cohesión interna no depende tanto de los planteamientos teóricos como de las relaciones de confianza entre sus miembros. Sus estructuras organizativas son mínimas y aún coyunturales ya que no se les dedican esfuerzos. En cambio se prioriza el análisis de los problemas, la elaboración de alternativas, la concienciación social y la movilización si es preciso. Tales grupos son algo tan vivo y cambiante como lo son las relaciones entre personas, pero su aparente falta de solidez viene compensada por su gran capacidad de incidencia y compromiso con la comunidad.

La práctica de la relación la encontramos también allí donde menos podríamos esperarla. Me refiero a los llamados espacios de *gobernanza*, un nuevo espacio fronterizo que se está abriendo para hacer posible el diálogo entre instituciones y movimientos sociales. Su aparición ha sorprendido porque no ha sido consecuencia de una estrategia política claramente definida por los partidos, las instituciones o los movimientos, sino el resultado del acercamiento querido recíprocamente entre unas personas que actúan en el ámbito institucional y otras personas comprometidas en el movimiento social. De un lado y otro han actuado espontáneamente, ensayando e investigando nuevas respuestas a los problemas planteados, pese a partir de lugares diferentes, y pese a las contradicciones que supone una relación entre desiguales si hablamos de poder. Los resultados a veces han sido un fracaso, otras veces han tenido consecuencias imprevisibles, y otras incluso final feliz. La experiencia del movimiento ecologista en su lucha contra el trasvase del Ebro y a favor de un nuevo Plan Hidrológico, que llegó a movilizar comarcas enteras en Aragón y Catalunya, ha tenido mucho de experimento relacional entre personas de las instituciones y del movimiento⁷. Lo fructífero de estas relaciones ha sido un elemento más que ha contribuido a la anulación del trasvase y a que el gobierno -eso sí, con muchas contradicciones- haga suya la Nueva Cultura del Agua. Pero también ha contribuido a demostrar la conveniencia y eficacia del espacio de gobernanza. Cuando esta práctica de la relación se generaliza -y eso es lo que está ocurriendo-, las estructuras organizativas se adaptan a la nueva realidad (como elementos secundarios que son). El que la relación

entre personas haya permitido la aparición de un nuevo espacio de la política tiene una enorme importancia, porque desdibuja los límites entre público y privado, y evidencia el potencial transformador que podríamos liberar entendiendo los espacios sociales como un *continuum* que va de dentro a fuera, y de fuera a dentro, donde lo colectivo no anula lo individual y lo individual enriquece lo colectivo. Y aquí el poder no ha jugado ningún papel.

EL EMPODERAMIENTO ECOLOGISTA

Podemos decir que se ha abierto un espacio donde las instituciones, en busca de la legitimidad perdida, se abren a las ideas de los movimientos sociales, y donde los movimientos tienen la posibilidad de contaminar la acción institucional con sus valores y objetivos para hacer realidad sus utopías, hallando un lugar para su no lugar. Pero ¿qué ha ocurrido para que las instituciones acepten a los movimientos sociales como interlocutores necesarios? Desde la experiencia de las mujeres podríamos decir que aquí ha habido un proceso de *empoderamiento*⁸. Un concepto complejo que no resulta fácil definir y que puede aplicarse individual y colectivamente. Se trata de concederse a sí misma, a sí mismo, la autoridad para pensar, opinar y actuar sin más límites que los impuestos por el sentido común, obviando el lugar y el papel adjudicados por el sistema. El empoderamiento es una actitud, una manera de estar en el mundo y de relacionarse con el mundo que rompe todos los roles preestablecidos. Yo me empodero como mujer cuando dejo de mirarme con los ojos patriarcales que me desvalorizan, decido cuál es mi lugar y desde aquí me relaciono con el mundo. De hecho, este proceso no es algo nuevo, siempre que un ser humano o un grupo humano colocado en situación subalterna se ha rebelado contra ella, ha experimentado un proceso de empoderamiento que ha cambiado la manera como se percibe a sí mismo, incluso cuando pierde. Lo que es nuevo, lo que aporta el pensamiento feminista es la conciencia del proceso y, por tanto, el nombrarlo y darle sentido. Así como las personas, también los movimientos se empoderan cuando se salen del rol que les ha sido adjudicado. En este sentido podemos decir que un movimiento social se empodera cuando es capaz de pensarse y decirse a sí mismo desde su propia experiencia, definir su ubicación en la sociedad, y desde este lugar arrogarse la libertad de relacionarse de igual a igual con el poder establecido. Ello equivale a realizar una nueva estrategia ante el poder que no consiste en combatirlo para cambiar su signo ni en limitarlo actuando como contrapoder. El poder es una construcción social⁹ que se ha impuesto a lo largo de la historia humana a través de la violencia. Pero no puede sostenerse solo con violencia, necesita legitimidad, y es en ese terreno, el terreno de los valores y de las concepciones donde puede ser transformado. El poder se desactiva cuando deja de condicionar la capacidad pensante de los seres humanos de manera que puedan dar valor a lo que son y puedan romper los límites que les constriñen.

De hecho, lo que ha llevado al surgimiento del espacio de gobernanza se ha desencadenado en el ámbito del orden simbólico, aunque luego haya tenido traducción incluso en el ámbito de la política institucional. Porque los cambios que se introducen en el orden simbólico lo impregnan todo sin necesidad de imponer nada, pues tal como dice Lia Cigarini¹⁰, el trabajo político es un trabajo sobre las conciencias. La aportación del feminismo para construir otro mundo posible consiste en poner encima de la mesa la existencia del orden simbólico. Porque es en este nivel donde podemos luchar con más eficacia, sin poner en juego vidas humanas¹¹, para remozar todos los obstáculos que impiden solucionar los grandes problemas de la humanidad.

NOTAS

1. Aunque la autora es la única responsable del artículo, las ideas que en él se desarrollan se gestaron en los debates organizados por la Betiko Fundazioak, que contaron, entre otros, con la participación de Elena Grau, Cristina Carrasco, Isabel Ribera, Carmen Magallón, Mireia Bofill y Carmen Oriol.
2. Pero también en el resto del mundo ha habido y están habiendo cambios importantes, tal como se hizo patente en las Conferencias de Beijing y posteriores, convocadas bajo los auspicios de las NN.UU.
3. Librería de Milan *El fin del patriarcado. Ha ocurrido y no por casualidad*, Llibreria Pròleg, 1997.
4. Sería más preciso hablar de pensamientos feministas, ya que no existe una sola teoría dentro del feminismo sino que el movimiento se caracteriza por su diversidad. Así pues, estoy hablando desde mi propia experiencia y selecciono del feminismo aquellas referencias con las que me identifico.
5. CIGARINI, Lia, *La política del deseo*, Icaria, Barcelona 1995. BOCCHETTI, Alessandra, *Lo que quiere una mujer*, Feminismos de Cátedra, Madrid 1996.
6. Greenpeace es un buen ejemplo de ello. Sus planteamientos les enfrentan constantemente a los poderes establecidos (gobiernos, multinacionales...) e incluso se arriesgan a perder socios para mantener su coherencia, como cuando se posicionaron contra la primera Guerra del Golfo y con ello perdieron decenas de miles de socios en EE.UU. Pero, en cambio, reproducen en su organización los esquemas de poder.
7. Ver el debate sobre movimientos sociales del "Anuario de movimientos sociales" del 2003, editado por Betiko Fundazioak. Isabel Ribera introduce la reflexión sobre la lucha contra el PHN y el trasvase del Ebro.
8. Se trata de una traducción libre de la palabra inglesa *empowerment*, y aunque no llega a ser del todo aceptada en el pensamiento feminista, espero que sirva de apoyo para explicar el concepto que con ella se quiere expresar.

9. Este poder es producto, y a la vez fundamento, del patriarcado. El pensamiento feminista ha desarrollado en profundidad tal análisis.

10. CIGARINI, Lia, *op cit*

11. La lucha en el nivel simbólico no pone en juego vidas humanas, pero la violencia patriarcal sigue siendo una amenaza, como lo demuestra la violencia doméstica contra las mujeres.



ACCIONES EN LA PARTICIPACIÓN. LA COTIZACIÓN DEL CONSENSO Y LA MEDIACIÓN PARA LA PAZ SOCIAL

Ivan Miró

«Barcelona es una ciudad participativa, que sale a la calle, que se expresa, que se compromete. En Barcelona, la participación es un rasgo distintivo y queremos que lo sea aún más y mejor. Es un elemento inherente a Barcelona que, junto con el civismo y la calidad de la convivencia, explica el valor de nuestra ciudad.»

Joan Clos, alcalde de Barcelona

«Queréis llevarnos del 92 al 2004. Pero la mentira no se sostiene.»

Alianza de los nadie

